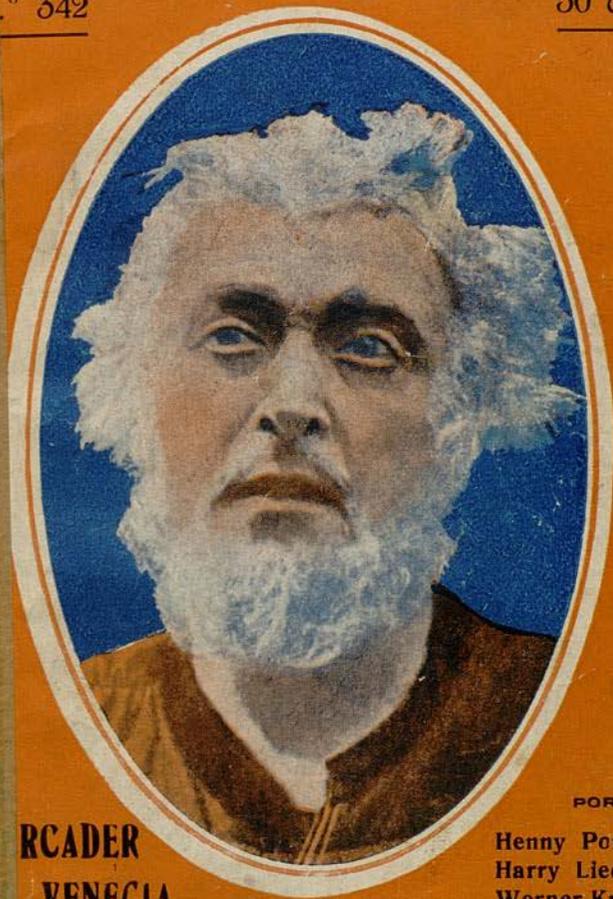


EB.

A NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

342

50 cts.



RCADER
VENECIA

POR

Henny Porten
Harry Liedtke
Werner Krauss

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya



FELNER, Paul

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
EDICIONES BISTAGNE

Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración Teléfono 4425 A

Año VII BARCELONA N.º 342

El Mercader de Venecia

(DER KAUFMANN VON VENEZIG, 1923)

Adaptación cinematográfica de la obra del genial

W. Shakespeare

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

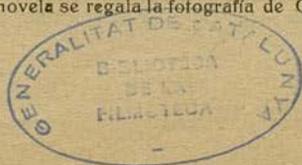
Shylock. *Werner Krauss*
Porcia *Henny Porten*
Basanio. *Harry Liedtke*

Exclusiva de

LEMIC, S. A.

Mallorca, 256 — BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de OSCAR MARION



Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badia - Dr. Dou, 14 - Barcelona



EL MERCADER DE VENECIA

Argumento de la película

PROLOGO

He aquí una de las más bellas farsas teatrales. En el siglo XIII fué narrada por historiador anónimo en *Gesta Romana*. Dos siglos más tarde un escritor italiano, Giovanni Florentino, volvió a escribirla con el título de *Il Pecorone*. Después de ella nació una canción inglesa, *Genetus*, que se hizo popular en Londres. De la canción brotó un drama que fué olvidado hasta que el genial W. Shakespeare con elementos dispersos creó esta obra. Era en el año 1598...

Hoy la cinematografía se honra ofreciendo, en cinco actos, farsa literaria de tan noble prosapia, adaptada al castellano por "Amichatis".

ACTO PRIMERO

Venecia, ciudad evocadora con visiones de maravilla, escena de lunas de amor, era en el año de 1500 metrópoli de riqueza y poderío. Dueña del mar extendía su señorío por todos los puertos de la tierra. En ella residían los más altos atributos de la ciencia, el dinero y las bellas artes.

Junto a sus canales, en apartado rincón, estaba el Rialto, mercado donde los individuos de la colonia judaica ejercían sus profesiones usurarias.

Entre los mercaderes sin piedad se destacaban Shylock, enemigo de la raza cristiana, y capaz de buscar antecedentes en las sagra-

das escrituras que santificasen su profesión, y Turban, émulo de Shylock, los cuales se ponían de acuerdo para no hacerse la competencia en los negocios.

Lancelot Gobo, muchacho hambriento, dicharachero y atolondrado, era el infeliz criado de Shylock, pues no comía, no gastaba zapatos ni se cortaba el pelo obedeciendo a las economías del amo.

Aquella mañana, de regreso a su casa acompañado de su amigo Turban, Shylock entró en el cuarto donde solía coser Jéssica, su hija, flor de pasión en un desierto de almas, y la besó sonriente. Turban, a su vez, acarició las mejillas de la linda joven y dijo a Shylock riéndose como si acabara de realizar un buen negocio:

—Mi hijo está enamorado de tu hija, y si tú quisieras...

A lo que, contagiado de su alegría, respondió Shylock, entusiasmado:

—¡Turban, hermano en fe y negocios, uniremos nuestros intereses y nuestras familias! ¡Tu hijo Samuel será para mi hija!

Jéssica oyó los proyectos que pensaban realizar los dos amigos, pues éstos no se recataron en su presencia, dando rienda suelta a su satisfacción, y su rostro palideció intensamente. ¿Con qué derecho disponían de sus sentimientos sin consultarla?

Quedó triste y meditabunda la gentil doncella en su cuarto de labores, y mientras suspiraba mirando hacia el amplio horizonte, a través de una ventana, como fascinada por la libertad, en el gabinete particular de Shylock conversaban, exageradamente joviales, los dos amigos que pronto serían parientes.

Shylock mostró a Turban un valioso brazalete, y dijo el padre de Samuel, contemplando la joya con avaricia:

—¡ Buen presente para Jéssica!

Shylock, apoderándose del brazalete, repuso:

—No, amigo. Las joyas están mejor en mi armario que en manos de mujer. Los hijos pueden huir... Las joyas las guardo bajo llave.

—Has dicho verdad. Eres sabio y prudente
—reconoció Turban.

Y aquellos dos judíos capaces de vender su alma, prosiguieron su plática acerca de la boda de sus hijos, bastándoles haberla decidido de común acuerdo para llevarla a efecto.

Pero ambos padres "amantísimos" no contaban con la leyenda de las palomas...

Cuenta la leyenda que no mueren los amores nacidos al arrullo de las palomas de la Plaza de San Marcos... Y en esa plaza, y entre las incalculables palomas que la cubren como un manto, volando, y cual un tapiz, al posarse en el suelo, Jéssica, tentada por la fe y el amor de Lorenzo, caballero cristiano y amigo de los artífices que hacían una joya de la maravillosa ciudad del Adriático, gustaba de oír las frases galanas de su amado.

Todos los días iba Jéssica a la famosa plaza para reunirse con Lorenzo, y cómplice de estos amores era Lancelot Gobo, el bufón y criado de Shylock.

Lorenzo odiaba a Shylock, por su afán de desvalijar al prójimo, y Jéssica, que desde el primer encuentro adivinó la aversión que su amado sentía hacia su padre, se distanció, des-

de entonces, cada vez más, moralmente, del viejo judío.



...gustaba de oír las frases galanas de su amado.

Como si se hubiese enterado de los proyectos de Shylock y Turban, Lorenzo dijo a Jéssica cuando, al día siguiente, se vieron en el sitio de costumbre:

—Si algún día se abren las puertas del cielo para tu padre será por méritos de tu hermosura. Si la desgracia cae sobre ti será que el cielo venga en la hija la maldad paterna.

Jéssica, afligida, contestó:

—¿No es pecado avergonzarme de ser la hija de un judío?... Quieren casarme con hermano de raza... Lorenzo, si cumples como caballero me haré cristiana y terminarán mis luchas.

—Mi cariño será eterno, amor mío...

Cerca de Venecia estaba el alcázar de Porcia, noble heredera, que ocupaba la residencia imperial, por legado paterno, con la condición de que se maridase por amor:

Desde la terraza de su morada, Porcia contemplaba, aquella tarde, el ocaso del sol, cuyo disco dorado se hundía en el mar, y el plácido desfile de embarcaciones por las tranquilas aguas...

A su lado se hallaba Nerisa, la más fiel de las confidentes y servidoras, y compañera en el arte de burlar a los pretendientes que llegaban de todos los rincones de la tierra.

Atraídos por la juventud, belleza sin par y riqueza de Porcia llegaban príncipes de todos los rincones de la tierra afanosos de ser esclavos.

Aquel atardecer vió Porcia llegar a sus pretendientes y entre ellos a uno que no conocía aún, y dijo a Nerisa, anhelando encontrar el amor:

—¡Llega un nuevo candidato a mi mano!... ¡Si pudiera verle llegar con el placer con que veo partir a los otros!

Involuntariamente Porcia soltó una pelota de hilo y ésta fué a caer bajo la terraza, donde se hallaban en aquel momento, desembarcados ya, los pretendientes. Estos, a una, se precipitaron a apoderarse de la pelota y del barullo que se armó entre ellos salió triunfante el nuevo pretendiente, quien, con los demás, fué a devolvérsela a Porcia, ofreciéndole el nuevo candidato su corazón además de la pelota.

Porcia cogió la pelota y la tiró al mar, contestando al fracasado pretendiente, que tampoco era de su gusto:

—Señor, vos no tenéis tampoco la llave que cierra mi corazón.

Y había que ver la cara que puso el enamorado venido de Dios sabía dónde.



—Señor, vos no tenéis tampoco la llave que cierra mi corazón.

El judío Shylock ofreció una colación a parientes y amigos para anunciar las bodas de Jéssica y Samuel.

Al disponerse a sentarse a la mesa, Shylock dijo a Samuel, dándole unas palmaditas en la espalda:

—¡Es la mejor joya de mi fortuna, pícaro!
¡Buen ojo de tarifador tienes al fijarte en ella!

Samuel, verdaderamente enamorado de Jéssica, sonrió y miró a ésta, pero en vez de encontrar dulzura en los ojos de ella, vió claramente que los empañaba la tristeza. ¿Es que Jéssica no le quería?

Sentáronse todos a la mesa y ni por un momento vió Samuel sonreír a Jéssica; al contrario, la tristeza ensombrecía cada vez más su

lindo rostro, dándole aspecto de enferma.

De pronto Jéssica oyó una voz conocida y amada que entonaba una suave canción en la calle y, procurando no ser vista por nadie, abandonó el comedor y fué a otra habitación, desde cuya ventana, que entreabrió, pudo ver a Leandro dedicándole una serenata.



—¡Es la mejor joya de mi fortuna, pícaro!

¡Cómo latió el corazón de la enamorada doncella!

Samuel se dió cuenta de la emoción que se apoderó de Jéssica al oír el canto que ascendía del arroyo, y, dolorido al comprender que el corazón de la encantadora muchacha no podía albergar las ansias del suyo, se abstuvo de seguirla a la habitación donde ella se encerrara, respetando su soledad...

Pero alguien vino a sorprender a Jéssica en su dolor, hallándola llorando amargamente. Era una anciana mujer que la quería como quisiera a la desaparecida madre.

—¿Por qué dejas la fiesta?—preguntóle.

—Porque yo no puedo estar alegre... ¡Si mi madre viviera, leería en mis ojos que no soy dueña de mi albedrío!

Y la anciana, conmovida, la estrechó entre sus brazos, procurando consolarla.

Unos días después al palacio de Porcia llegó un nuevo pretendiente, como de perfumes, manojo de flores, escuela de reverencias.

Porcia le observó contemplándose en el espejo desde el piso superior del palacio y le resultó altamente divertido el afeminado personaje, prometiéndose hacer burla de él es-

cogiéndolo como prometido para ahuyentar a los demás pretendientes, a cual más impertinente. Con aquella especie de damisela no tenía que temer nada, pues era una marioneta inofensiva y regocijante.

El inesperado éxito del original pretendiente, que no era otro que el conde de Palermo, sorprendió a toda la corte de amor y fué causa de que al agraciado se le subieran todavía más los humos a la cabeza, hueca de cerebro.

La noche era espléndida. Jéssica y Lorenzo pudieron verse unos instantes, con la complicidad de Lancelot Gobo, y paseábanse por los canales murmurándose frases de amor.

Entre la nobleza veneciana tenían gran predicamento Antonio, Basiano y Graciano, tres excelentes amigos, jóvenes y románticos a cual más.

Basanio era un caballero sin más credo que el amor ni más obligaciones que el despilfarro y cantar con Graciano, en las noches de luna para ver, al salir el sol, como la Justicia ponía sus muebles en pública subasta.

Antonio, nombrado Mercader Real, como los Damido, Justiani y Grimaldi, que eran ver-

daderos señores feudales de ciudades costeras de Asia, conquistadas por el poder de sus navíos, era dueño de un palacio suntuoso y paño de lágrimas de Basanio y los nobles fortuna que acudían a su mesa y a su bolsa para endulzar sus vidas, de quebrantos.



Basanio era un caballero sin más credo que el amor...

Con Graciano, Basanio presentóse a Antonio

y, con la confianza que da la buena amistad, le dijo:

—¡Invítame a comer y a dormir! ¡La franquachela devoró mis bienes! ¡La Justicia me ha dejado sin hogar!

Antonio abrió sus brazos... y su bolsa, una vez más, a sus amigos, y contentos y felices encamináronse los tres hacia su mansión, donde Basiano y Graciano, después de descansar de la juerga de la noche, podrían hartarse a su gusto y comodidad.

ACTO SEGUNDO

Cuando un judío habla de amor es que busca un negocio.

Turban se hallaba con Shylock en el gabinete particular de éste y le dijo, viendo como encerraba en sus arcas, joyas, documentos y dinero:

—¡ Con el engaño de la boda no me dejas meter baza en el Rialto! ¡ Como seremos de la familia te quedas con todo! ¡ Que engaños a los cristianos ya está bien! ¡ Pero respeta a tu compañero!

Shylock, astutamente, respondióle sonriente:

—¡ Paciencia! ¡ No madura el fruto porque lo arranques verde del árbol!

Jéssica se hallaba en una habitación inme-

diata, y su padre al verla, acercósele y le anunció:

—Hija mía, alégrate... Después de las fiestas de Carnaval serás de tu amado.

¿Era ciego Shylock, que no veía el pesar que todo lo concerniente a la boda con Samuel causaba a Jéssica?

Shylock no sabía más que aquel matrimonio le interesaba, e interesándole a él... boca abajo todo el mundo.

Jéssica abandonóse al llanto al quedar sola de nuevo en la habitación, y Lancelot Gobo, sorprendiéndola en su amargura, y apiadado de ella, sentóse a su lado y le habló, lleno de júbilo por habersele ocurrido una gran idea, así:

—¡ No lloréis! Muchas veces me habéis reñido por no hacer nada. Ahora me aplaudiréis por hacer mucho.

—¿ Qué quieres decir?

—¡ Yo abriré las puertas de esta jaula! Hui: del falso juramento no es pecado. Vos juraríais falsedad al uniros con Samuel.

—¡ Oh, Gobo! No te comprometas por mí.

—Gobo no desea más que serviros. De modo que no vaciléis.

En tanto, en su palacio, Antonio, el Mercader Real, sabía hacer olvidar las penas a sus amistades.

En torno a su larga y abundante mesa hallábanse reunidos numerosos amigos sin fortuna que buscaban el calor de su protección, jamás negada.

De sobremesa se habló de la bella Porcia, a propósito de la cual la crónica galante aseguraba que había dado su mano al conde de Palermo.

Al oír tal monstruosidad, alguien propuso:

—¡Vayamos a su palacio a dar el pésame a la belleza por caer en manos de la tontería!

—¡Vamos!—exclamaron los íntimos de Antonio.

Y otro, alzando su copa, brindó:

—¡Por la mujer y el amor!

El brindis fué repetido a coro y a continuación Antonio, Basanio, Graciano y otros amigos salieron del palacio del primero para dirigirse al de Porcia.

Los criados de la bella veneciana, que habían venido a Venecia en busca de provisiones para la fiesta que ella daba aquella noche, habían bebido más de la cuenta en la ciudad y

nuestros amigos los encontraron dormidos en el muelle.

Reconociéndoles, les gritaron, zarandeándolos.

—¡A despertar, servidores infieles!

Los criados se levantaron sobresaltados y empujados por los nobles jóvenes dirigiéronse a la embarcación que había de conducirlos al palacio de Porcia, donde se les esperaba con impaciencia.

Ni que decir tiene que los festivos amigos embarcaron con ellos; y la galera de comestibles fué caravana del amor.

Así que la embarcación besó los flancos del castillo de Porcia, un criadito hindú fué a anunciarle la llegada de los venecianos.

—Señora... Antonio, Basanio, Graciano y sus amigos piden audiencia.

Encantada de tal visita, Porcia exclamó, hablando con Nerisa:

—¡Basanio y Graciano!... ¡Los camaradas que nos cantaron serenatas en primavera!

Vistióse Porcia una espléndida *toilette*, que hacía resaltar maravillosamente su hermosura, y no demoró su aparición ante sus admira-

dores, que representaban, entre los príncipes solicitadores, la juventud y la bizarría.

Porcia recibió afectuosamente a los recién venidos, y Antonio, en su nombre y en el de sus camaradas, dijo a la desdeñosa, no perdonándole que hubiese entregado su mano al almibarado conde de Palermo, ignorando que aquella elección era una farsa tan sólo:

—Como caballeros venecianos hemos de protestar de que labios extranjeros se posen en el coral de los vuestros.

Porcia sonrió, halagada, y Antonio prosiguió:

—¡Mirad a Basanio! No tiene más ley que vuestra palabra, más voluntad que el camino que indiquen vuestras miradas.

Basanio, un tanto sorprendido por aquella presentación, trató de hurtarse al examen de Porcia, pero sus amigos le obligaron a “dar la cara” serenamente, y, no sin cierto temor ante la insólita belleza de ella, aproximóse a la hermosa y besó su blanca mano, que tembló bajo la caricia...

¿Qué pasó por el corazón de Porcia al ser besada su mano por el apuesto Basanio?

El caso fué que desde aquel momento los

ojos de la que no había encontrado aún amor no se apartaron del bohemio, significándole el interés que había hecho nacer en su corazón.

Y como los enamorados también comen, poco después se sentaron los príncipes solicitantes y los simpáticos caballeros venecianos a la mesa de la bella.

El conde de Palermo escogió su sitio, como favorito, al lado de Porcia, pero ésta, que no podía seguir la farsa con él desde que viera a Basanio, se las compuso de manera que pudiese alejar al estúpido, y le suplicó, al disponerse a sentarse a su vera:

—Conde... Mi abanico...

Obedeció el ridículo galanteador, y mientras desaparecía en busca del abanico, Porcia llamó a su lado a Basanio, quien, ni corto ni perezoso, ocupó la silla del conde, brincándole el corazón como si acabara de volverse loco de alegría.

El conde no tardó en reaparecer, con el abanico, y su enojo, al ver ocupado su sitio por su rival, fué comparable, en cantidad, a la satisfacción de Basanio.

La fiesta siguió bajo la luna, y Basanio no perdió el tiempo.

El conde, celoso, trató, una vez, de impedir el coloquio amoroso a que se habían entregado, en solitario lugar, Porcia y Basanio, pero ella, que se encontraba en la gloria junto al caballero veneciano, se encargó de alejarlo de ellos.

—No dejéis a mis invitados... Acompañadles... Hacedles reír—le ordenó.

Y, solos de nuevo, Porcia y Basanio siguieron soñando...

Unas horas después, al despedirse de él, Porcia sintió que su corazón ya no era suyo, sino de Basanio.

La inexpugnable plaza se había rendido al primer asalto.

A imitación de su amigo, Graciano supo atraerse a la gentilísima Nerisa y también ésta, a su vez, le vió partir con melancolía.

Nuestros dos simpáticos amigos habían triunfado en toda la línea.

ACTO TERCERO

Cuando un corazón dice que no, las músicas de amor son encerradas.

Cansábase el conde de Palermo de darle serenatas a Porcia sin verla asomarse a la ventana o a la terraza, en tanto que ella pensaba en Basanio, a quien no había vuelto a ver ni tampoco a sus amigos.

Deseaba tanto Porcia tener junto a sí de nuevo al apuesto veneciano que logró despertar las fibras de su corazón sediento de amor, que no vaciló, mientras el condesito seguía tocando y cantando en el parque, en decidirse a ir en su busca; y dijo a Nerisa, encargándola de despistar al conde agitando, como si fuera ella misma, un pañuelo detrás de una ventana;

—¡ Ir en busca del amor no es mengua! ; Yo quiero conocer los secretos de sus orgías!

Y salió, henchida de cariño, pletórica de ilusiones, encaminándose hacia el palacio de Antonio, el Mercader Real.

Orgía de amor, puerta del olvido... Y un sin ventura bebía para olvidar. Era Basanio, quien, amando como un loco a Porcia, no podía dar crédito a que ella pudiese corresponderle, tan alta estaba...

Uno de sus amigos le dijo, para probar su amor:

—Bien haces en querer olvidar a la que te ha olvidado. Pronto va a casarse con el conde de Palermo.

Basanio hizo dogal con sus manos en el cuello del amigo y gritóle, furiosamente:

—¡ Mientes! ...¡ Mientes!

Otros amigos se interpusieron entre los dos, y dijéronle a Basanio:

—¡ Vamos, hombre! Una mujer hermosa se olvida con dos mujeres bellas.

Y le proporcionaron dos lindas bacantes que se sentaron sobre sus rodillas...

El primer impulso de Basanio fué arrojarlas de su lado, pero eran mujeres y no supo

despreciarlas como un salvaje, resignándose a sonreírles un poco.

Un criado llamó en aquellos momentos a Antonio aparte y anuncióle la llegada de una dama que deseaba entrevistarse seguidamente con él y que se hallaba esperándole en su gabinete de trabajo.

Antonio fué al encuentro de la misteriosa tapada y pronto, al descubrirse el rostro la bella Porcia, la reconoció, con la consiguiente alegría, adivinando a lo que venía a su casa.

Porcia, sin ambages ni rodeos, expuso el motivo de su presencia en el palacio de Antonio:

—No es caballero quien enciende la hoguera y escapa temiendo quemarse.

A lo que Antonio contestó con donosura:

—Pero es caballero el que sufre en silencio porque su pobreza no le permite ofrecer trono al amor.

—¡ Es cierto, pues, que él me quiere?

—Siendo tan bella como sois, ¿os atrevéis a dudarlo?

Enterado de su llegada, Basanio, reconociendo a Porcia en la voz, corrió a su encuentro, separando, a pesar suyo, bruscamen-

te, a las dos bacantes; y al encontrarse frente al amor, al verdadero amor de su vida, miróse fijamente a sus ojos y, movidos ambos por un mismo resorte, abriéronse sus brazos y se estrecharon en ellos.

Antonio tuvo que dejarlos solos unos momentos... y cuando Porcia, segura del amor de Basanio, emprendió el regreso hacia su palacio, el Mercader Real reunióse con el feliz mortal y encontrándole un tanto melancólico, pensando sin duda, todavía, en la diferencia que existía entre la amada y él, le dijo, alentador:

—El mundo es injusto al levantar un muro entre la hacienda y su dueño. El dueño eres tú. La hacienda ella... El muro queda roto con su visita.

—Sí... claro... Pero soy tan pobre de dinero...

Esta y no otra era la razón que motivaba lo que Porcia calificaba, antes de la reciente entrevista en que sellaron apasionadamente su amor, de desdenes. Basanio no tenía oro que ofrecer a la gentil señora y no se atrevía a presentarse de nuevo ante ella con las manos vacías. El que antes era compañero de la son-

risa se hermanaba con la pena. En vez de cánticos sólo suspiros salían de sus labios.

Y ahora, a pesar de no poder dudar de que Porcia le quería sinceramente, Basanio se encontraba tan triste como antes, puesto que su situación no había cambiado en pocos minutos ni veía la posibilidad de que cambiase...

Viéndole tan apesadumbrado, Antonio, el excelente amigo, le ofreció su ayuda.

—Con tres mil ducados—hábiale dicho Basanio—tengo bastante para comprar joyas a mi bella.

Y Antonio respondió:

—Los tendrás. En mis navíos tengo empleada toda mi hacienda, pero Shylock, el judío, me adelantará oro con mi firma.

Aceptó Basanio, obsesionado por el deseo de agradar a su bella, y, para hablarle en nombre de Antonio, dirigió sus pasos hacia el Rialto, en busca de Shylock.

En el camino se tropezó con Lancelot Gobo, el desarrapado y famélico bufón y criado de Shylock. Cansado de comer poco y vestir mal, Gobo, que conocía a Basanio, le dijo, suplicante:

—Aceptadme por criado, señor Basanio.

El caballero veneciano le miró de pies a cabeza con simpatía y tuvo una idea:

—Aceptado. Te tomo por criado. Y vas a empezar ahora mismo, pidiendo dinero al amo viejo.

—¿Dinero?

—Desde luego, con garantías. Antonio, el Mercader Real, responderá de mi deuda.

—Siendo así, no creo que el viejo judío se niegue...

Llegados que fueron al Rialto, Gobo se separó de Basanio y fué al encuentro del viejo amo.

—Negocio de usura a la vista. El mercader Antonio necesita dinero—dijole, con misterio, en presencia de Turban.

Shylock y Turban cambiaron expresivas miradas de satisfacción, y dijo Shylock:

—¡Antonio!... ¡Ah!... Le odio porque es cristiano, pero le odio más porque presta sin interés y arruina a los usureros. ¡Ese es de los que nos llaman “perro judío”!... ¿Es que los perros tenemos dinero?

—¡Humíllale, Shylock!—contestó Turban.

—Sí, tienes razón. Le prestaré la cantidad

que me pida y buscaré la mejor manera de vengarme de él.

La respuesta de Shylock fué, pues, que dijeran a Antonio que fuese a casa del notario del judío, donde se portaría como un amigo ayudándole a salir del apuro.

Cuando quedaron solos los dos futuros parientes, dijo Turban a Shylock:

—Ponle un plazo corto... Los navíos que posee no son más que tablas. Sus marineros, hombres... Hay ratones en el mar y piratas... Tal vez no pueda pagarte...

—Sí... Tal vez no pueda pagarme...

—Imagina una cláusula inofensiva que ponga su vida en tus manos.

—Eso es lo que yo quiero...

Entretanto, en su palacio, Porcia daba el pasaporte para Palermo al ridículo conde, y el majadero quedó tan marchito como las flores que iba a ofrecerle y que le fueron rechazadas.

La dureza de corazón de su padre había hecho tomar a Jéssica la resolución inquebrantable de huir del hogar, y Lancelot Gobo se encargó de entregar a Lorenzo un mensaje de la enamorada, en el que ella le decía que

abjuraría de su religión y su familia y que entre el barullo del Carnaval huiría, para reunirse con él, vestida de paje.



...daba el pasaporte para Palermo al ridiculo conde...

Radiante de felicidad, Lancelot Gobo exclamó, al entregar la carta a Lorenzo:

—¡El último servicio que presto a mi viejo amo! ¡Ayudo a que le roben la hija!

Basanio comunicó a Antonio la respuesta de Shylock y los dos amigos se personaron

en casa del notario del judío, dispuesto el Mercader Real a pasar por la humillación de pedir prestado el dinero que necesitaba para ayudar a Basanio.

Shylock dijo con retintín a los recién llegados:

—¡Bienvenidos sean los señores!... Caballero Antonio, ¿sois vos quien tanto censuró que yo prestase con interés y que con tanto interés se acerca a pedir ahora? ¡No os reconozco!

—¡Abreviemos!—profirió Antonio, nervioso.

—No os enfadéis... Pensad en las veces que me disteis un puntapié y comprenderéis que no es la mejor manera de corresponder a injurias prestar dinero...

—Tentado estoy de repetir la ofensa. Aceptaré tu dinero como prestamista; nunca como amigo. Así podrás exigir mejor mi castigo si no cumplo.

—No quiero vuestro dinero... Os presto el mío con una condición, una cláusula en broma...

—¿Cuál?...

—Nada... no es nada... Presto tres mil du-

cados a devolver en tres meses... sin interés...
Leed el documento...

—Por servir a Basanio firmo cuanto queráis.

—Bien... bien... Firmad entonces...

Basanio acercóse a su buen amigo y leyó con él el documento astutamente preparado por el judío de acuerdo con Turban, que estaba con él en casa del notario, y tembló al enterarse de la siguiente cláusula adicional:

Caso de incumplimiento del pago de estos tres mil ducados, el caballero Antonio se dejará arrancar del pecho, cerca del corazón, una libra de carne.

Horrorizado, Basanio exclamó, oponiéndose rotundamente a que Antonio aceptara aquella extravagancia del avaro:

—¡No! ¡Tú no puedes firmar eso ni lo tolero!

Antonio repuso, calmándole:

—Nada temas, Basanio... Antes del vencimiento mis arcas rebotarán riquezas.

Shylock sonreía por lo bajo mirando a Turban su cómplice, y a pesar de las protestas de Basanio el noble Antonio puso su firma en

el documento, seguro de su fortuna, aunque estuviera por aquellas fechas en alta mar.

Shylock no cabía en sí de gozo, deseando la ruina del mercader, de cuyos barcos él no tenía muy buenas noticias, y, socarrón, añadió:

—¡Poca garantía exijo! ¡Una libra de carne de hombre no es tan buena como la de carnero!

Y tentado estuvo Basanio de aplastarle la cabeza de un puñetazo.

Carnaval paseaba su locura por los canales de plata. Gritos y besos. Luces y flores. Antorchas oscilantes como estrellas que enloquecieron mirando las aguas encantadas.

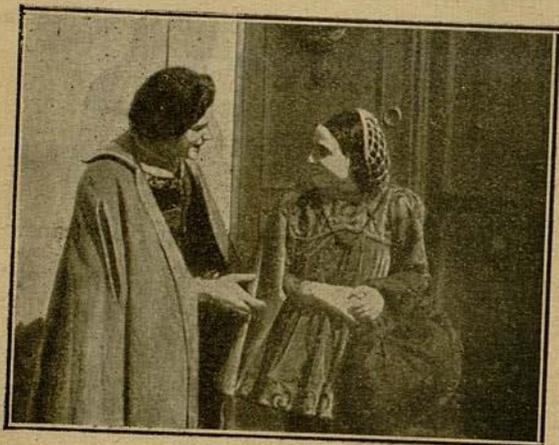
Todo era gozo y ruido.

La máscara da riquezas al pobre, fortaleza al tímido, locura a la recatada.

Al pie de la casa del judío Shylock esperaba impaciente Lorenzo. Su amada Jéssica le había prometido abandonar el nido basado en redes de negocio, y no tardó en aparecer, ves

tida de paje, huyendo los enamorados en una góndola preparada al efecto.

Poco después de la fuga de su hija, Shylock la buscó por la casa, y al comprender que había huído para siempre, llevándose su herencia materna y sus joyas, temió morir de disgusto.



...y no tardó en aparecer, vestida de paje...

El avaro iba de un lado para otro gritando el nombre de la fugitiva y sólo el eco, burlón, contestaba a sus lamentaciones.

Shylock era un pepele trágico. Salió a la calle, y no viendo a Jéssica por ninguna parte cayó, presa de una violenta crisis nerviosa, al suelo, en medio de un gran número de máscaras, como máscara que moría entre las máscaras que gritaban.

ACTO CUARTO

Y el plazo se cumplió...

Y noticias adversas llegaron al palacio de Antonio. Sus riquezas nadaban entre las olas furiosas. Sus navíos eran maderas retas en las rocas de Trípoli. No podía hacer frente a sus acreedores.

Rápida como una centella la nueva de la malaventura corrió al Rialto.

—¡Se han perdido los navíos de Antonio que venían de Trípoli! ¡No tiene un maravedí!—le dijeron a Shylock.

El desalmado judío, en el paroxismo del entusiasmo, abrazó a Turban, quien clamó, tan contento como él:

—¡Vayamos a orar a la Sinagoga! ¡Arrán-

cale el corazón si no te paga! ¡Con su muerte prosperará nuestro negocio!

—¡Si, me vengaré! ¡Me llamaba perro! ¡Perro seré para clavar mis colmillos en su carne!

Y los dos usureros sin entrañas, seguidos de varios hermanos de raza, encamináronse hacia la Sinagoga...

Antonio en su casa esperaba la venganza de Shylock. Sabía que estaba perdido, que el miserable reclamaría su vida en pago de las víctimas que arrancó de sus manos.

La justicia no se hizo esperar. Un enviado del Dux fué a notificar al mercader que debía comparecer sin tardanza ante el Tribunal.

Samuel, el hijo de Turban, el enamorado hermano de raza de Jéssica, que resignóse a no gozar del amor de ésta, portándose noblemente con ella momentos antes de su fuga del hogar paterno, trató de ap'acar las iras de Shylock en el caso de Antonio el mercader.

Pero Shylock, enfermo de la idea de venganza, rugió:

—¡Nadie se atreva a hablarme en su favor!

¡Raza maldita! ¡Me robaron mis riquezas y mi hija!

Naturalmente, le dolían más las riquezas que Jéssica.

Samuel, tristemente, añadió:

—¡Para qué la venganza si ella no ha de volver!

—¡Ella! ¡Qué me importa ella! ¡Quisiera verla muriendo a mis pies con mis joyas en sus orejas! ¡Quisiera verla bajo tierra, enterrada por mis ducados!

Aquello era demasiado para Samuel. Dolorido, avergonzado, tomó una resolución desesperada. No se sentía con fuerzas para seguir luchando, y despidiéndose de los suyos fué a pedir al mar el sueño eterno...

En tanto Shylock rezaba, todo a su afán de venganza:

—¡Jehová! ¡Perdón por mis cu'pas! ¡Salud para mi cuerpo! ¡Fuerza para mi brazo vengativo!

Y de nuevo, tal era su excitación, cayó sin sentido al suelo.

Turban le encontró con alta fiebre y, auxiliándole, le hizo reaccionar.

—¡Valor, Shylock!... ¡Mañana te hará justicia el Dux!

—¡Si!... ¡Sí!... ¡Mañana...! ¡La venganza me presta fuerzas!

Lejos del dolor de Antonio, Basanio, en el palacio de Porcia, y junto a la bella amada, veía cercana la posesión de su amor.

Porcia le dijo:

—Toma esta joya y guárdala hasta que el sacerdote bendiga nuestra boda. Yo seré de quien lleve este anillo. Es mandato de mi padre.

—Gracias, luz de mis ojos. Este anillo que tú me das no se separará nunca de mí.

—Así lo espero...

Bruscamente Basanio, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Mi felicidad me vuelve egoísta! ¡He olvidado el préstamo de Antonio! Iré a verle...

—Hoy, no. Basanio... Mañana partirás para Venecia... Piensa que hoy hemos de celebrar la libre unión de Lorenzo y Jéssica que nos han pedido asilo.

Basanio obedeció... Y la alegría de amar puso un velo entre los enamorados y el mundo.

La celebración del triunfo del amor de Jéssica y Lorenzo fué una gran fiesta en el palacio de Porcia. Todo era alegría, cuando se recibió un mensaje de Venecia.

—El caballero Antonio está arruinado... El judío Shylock, que le prestó tres mil ducados para Basanio, exige el cumplimiento de la terrible cláusula que le hizo firmar en el contrato. El plazo ha vencido.

Porcia, al corriente de la generosidad de Antonio, no titubeó en decir a Basanio, que se dispuso a acudir prestamente al lado de su buen amigo:

—¡Dispón de las riquezas que han de ser tuyas!... ¡Cubre de oro a ese malvado para salvar a quien se ha perdido por tí!

Basanio partió inmediatamente, con Graciano, a quien Nerisa quería tanto como Porcia a Basanio, y al que, también como su dueña

a su amado, dió un anillo de fidelidad, y las dos mujeres oraron para que el noble Antonio se viera libre de la venganza del cruel Shylock.



—*El caballero Antonio está arruinado...*

Cosiendo unas ropas Porcia se pinchó en un dedo y a la vista de la sangre que brotó de él, exclamó, repentinamente iluminada:

—¡Sangre!... ¡Sangre!... ¡Gran idea para redimir a un cautivo!

—¿Qué pensáis hacer, señora?

Porcia llamó a su criadito hindú y le dijo:

—Nos alejamos de riguroso incógnito. Nadie ha de saber que salimos de palacio.

Al quedar de nuevo a solas con su doncella, manifestó, convencida de su triunfo:

—¡Tú verás quién es Porcia!

Llegó el momento del sensacional proceso.

El pueblo novelero, amigo de la víctima, era oleaje embravecido contra el acusador.

Basanio encontró a su amigo en el banquillo y, desesperado, enteróle de su fracaso con Shylock.

—¡El judío no quiere dinero! ¡Le ofrezco cuánto pida! ¡Estás perdido, mi pobre amigo!

—Calma, Basanio, calma... El Tribunal decidirá...

Cuando apareció Shylock, el público prorumpió en denuestos contra él:



—¡Tú verás quién es Porcia!

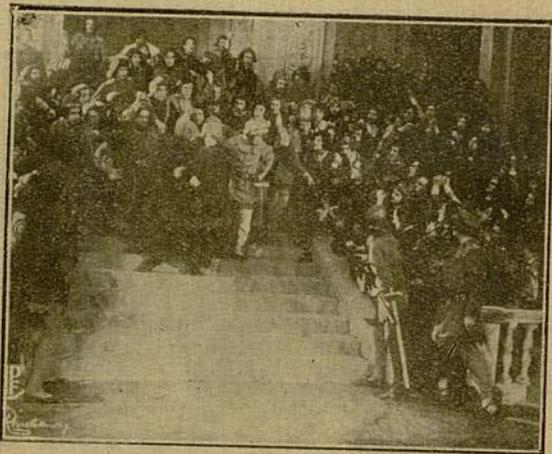
—¡Mueran los judíos!

—¡Criminal!

—¡Bandido!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Pero al aparecer el Dux, grave y solemne, se hizo el silencio en salones y galerías.



Cuando apareció Shylock, el público...

Empezó la sesión.

—¡Justicia!—gritó Shylock mostrando el documento que Antonio firmara creyendo tener dinero al vencer el plazo—¡ Si se me niega

la justicia caiga la maldición sobre las leyes de la República!

En aquel momento ante el Tribunal aparecieron dos nuevos personajes portadores de un mensaje de Belario, magistrado de Padua. Leyólo el Dux. Decía así:

Me permito presentar a Vuestra Gracia a un joven doctor de Roma, Baltasar. Conoce el proceso y él puede reemplazarme. Sus consejos son los míos.

Vuestra Gracia sabrá apreciar la inteligencia de este joven.

Esos nuevos personajes, que simu'aban ser hombres bajo sus ropajes de doctor en leyes, no eran sino Porcia y su doncella Nerisa, perfectamente disfrazadas, cabalgando sobre sus respectivas narices sendas gafas.

Porcia tomó posesión de su cargo, cedido por el magistrado Belario, de Padua, y sometió a interrogatorio a Shylock, que no quería retardar el cumplimiento de la sentencia.

—Shylock—le dijo—. Dame tu documento... Piensa antes de pedir justicia que más que ella vale la clemencia. Si en la tierra a



...no eran sino Porcia y su doncella Nerisa...

todos se hiciera justicia no habría salvación para ninguno de nosotros.

Shylock le entregó el documento, leyólo Porcia y contestó:

—El espíritu y la letra no ofrecen duda... Ha vencido el plazo y puedes reclamar lo estipulado... Pero piensa que te ofrecen triplicada la suma... Acaban de decírmelo... Acéptala y deja que rompa el contrato.

—¡He jurado ante Jehová y no puedo ser perjuro! Rasgado después de cumplidas las condiciones. Joven y sabio juez eres un nuevo profeta.

Basanio, trémulo de emoción, reunióse con su amigo y dijo a Porcia, sin reconocerla bajo el disfraz:

—¡Yo me comprometo a cubrir de oro el demandante! ¡Pongo mi cabeza, mi corazón!

—Responde—invitó Porcia a Shylock.

—¡Juro que no habrá palabra humana que me convenza! ¡Quiero justicia!

Basanio gritó, indignado:

—¡Cuando la justicia es un crimen debe romperse la vara de la ley!

Porcia, enérgicamente, le atajó:

—¡Las leyes de Venecia, base de su soberanía, no deben torcerse! ¡La ley es igual para todos!

—¡ Oh, qué juez tan bondadoso! ¡ Joven y sabio juez, te respeto!—dijo Shylock, reconocido a la protección que le brindaba Porcia.

Esta continuó, cada vez más desconcertante:

—¿ Traes balanzas para pesar la carne, Shylock?

—Sí. Helas aquí.

Y el judío, ante las airadas protestas del pueblo, mostró unas balanzas y afiló la cuchilla con que cortaría la carne del pecho del noble Antonio.

—Bien—sentenció Porcia—. Te pertenece una libra de carne de ese mercader. El Tribunal te la concede. La ley te la da.

—¡ Oh, juez irreprochable!—no pudo menos de exclamar Shylock.

Y el desalmado seguía afilando con fruición la cuchilla.

ACTO QUINTO

Una ráfaga trágica puso lágrimas en los ojos, dolor en los corazones.

Antonio había descubierto resueltamente su pecho y la cuchilla de Shylock iba a rasgar su carne.

Basanio cubrió con el suyo el pecho de su noble amigo, y gritó, con voz ronca, como fiera pronta a acometer:

—¡ Ofrezco mi vida! ¡ Ni mi vida, ni la de la mujer que adoro, ni el universo entero valen lo que tu desinteresada amistad, mi buen Antonio!

Pero se obligó a Basanio a dejar libre de acción al judío, y éste iba ya a ver saciada su

venganza, cuando Porcia le ordenó que se detuviese.



...la cuchilla de Shylock iba a rasgar su carne.

¿Qué ocurría? ¿Por qué el juez retrasaba el momento de la ejecución de la sentencia?

—¡Detén tu brazo, judío!—díjole Porcia.—

El convenio te concede una libra de carne pero no te da ni una gota de sangre. Toma la carne que te corresponde, pero si derramas una sola gota de sangre cristiana la ley de Venecia dispone que tus bienes sean confiscados. Además, estabas dispuesto a herir sin traer a un médico que curase la herida. Eso demuestra que atentabas contra su vida. ¡Caes en delito que se paga con la muerte! ¡El Dux dispone de ti!

Shylock había caído en sus propias garras.

—¡No quiero más justicia! ¡No quiero más justicia!—clamaba el miserable.

Pero sus voces eran inútiles. Sobre él estaba la espada de la ley. Aunque renunciase a la querrela, sería encerrado en la cárcel, y se le embargarían los bienes, lo cual era lo más doloroso para el usurero.

* * *

Inútil describir el júbilo del pueblo al oír la sentencia condenatoria de Shylock, y las felicitaciones que recibió Porcia del Tribunal y de Antonio, Basanio y Graciano.

¿Cómo recompensar al juez su gran victoria?

Porcia, fijándose en el anillo que lucía Basanio, le dijo:

—Reclamo solamente ese anillo.

Basanio, después de vacilar un poco, dijo:

—Tomadlo. Regalo es de mi amada, pero ella sabrá comprender lo que ha valido.

Y la misma recompensa exigió el pasante del juez al caballero Graciano, a quien, como sabemos, la doncella Nerisa, que representaba a dicho pasante, le había regalado un anillo.

De modo que las novias entraron de nuevo en posesión de sus anillos...

* * *

A los jardines de Porcia, donde se escondía el amor de Lorenzo y Jéssica, llegó la noticia de la condena de Shylock, y los dos enamorados, que no eran rencorosos, trasladáronse a Venecia a implorar para el judío el perdón del Dux.

Gracias a la intervención de los dos jóvenes, Shylock fué perdonado por las leyes de los hombres, pero castigado por las del corazón.

Jéssica fué a implorar el perdón paterno, restituyéndole todas las joyas que se llevara, pero el judío no tenía corazón y dejó partir a su hija sin una frase de piedad...

Antonio, Basanio y Graciano fueron al palacio de Porcia a comunicarle la fausta nueva de la libertad de Antonio.

Porcia y Nerisa, despojadas de sus ropas

de doctores en leyes, presentáronse ante sus novios respectivos y les pidieron los sendos



Jéssica fué a implorar el perdón paterno...

anillos que les entregaran antes de marcharse a Venecia.

Basanio y Graciano confesaron lo ocurrido,

y las encantadoras novias, fingiendo enormes celos, les negaron la reconciliación hasta que volviesen a ellas luciendo el anillo que cada una entregó al amado.

Porcia y Nerisa desaparecieron, para vestirse de nuevo las togas, y al personarse así en el salón donde estaban Basiano y Graciano preguntándose cómo conseguirían recuperar los anillos, los dos simpáticos muchachos acercáronse al juez y a su pasante, sin reconocer en ellos a Porcia y a Nerisa, y lograron quitarles las citadas sortijas, pudiendo así recuperar el amor de sus bellas amadas, quienes ya no tuvieron inconveniente en revelarles la artimaña.

* * *

Y en el palacio de Porcia se celebraron, como en el final de los cuentos infantiles, tres bodas:

Porcia casóse con Basanio; Graciano con la doncella Nerisa y el artista Lorenzo con la judía Jéssica, que recibió las aguas bautismales y a quien le fué entregada, por orden del Tribunal del Dux, la mitad de los bienes embargados a Shylock.

Y cuentan las crónicas que nunca hubieron en Venecia fiestas tan famosas arrulladas por las palomas de San Marcos, en el espejo de los canales, bajo la luna de plata.

FIN

Chang

es la
mejor novela
de aventuras



Se ha puesto a la venta
In primorosa novela

A LA DERIVA...

original de
Angel Bastto

publicada en la Biblioteca

"NUESTRO CORAZÓN"

Próximo número

La emocionante novela ma-
llorquina

El Secreto de la Pedriza

por

Ketty Murci, F. Aguiló, etc.

Gran éxito en las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

de la novela que acaba de aparecer, titulada:

Aguilas Triunfantes

por

Rod La Rocque

Asunto basado en la célebre obra de Sir A. Conan Doyle,

El Brigadier Gerard

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16-BARCELONA

Ferraz, 20-MADRID

Ferrocarril, 16-IRÚN

